



LOS MÁRTIRES NOS DAN TESTIMONIO DE LA GRAN ESPERANZA

Beatificación de los 124 mártires de la Iglesia de Jaén

Otro rito más para la beatificación de mártires, aquí, en tierra española y, hoy, en esta iglesia de Jaén que su obispo, queridos hermanos y amigos, no deja de llamar «cuna de mártires» y «tierra abundantemente regada con la sangre de los mártires». He leído atentamente la carta pastoral con la que ha querido preparar este momento de gracia, subrayando la providencial coincidencia con un año jubilar dedicado a la virtud de la Esperanza; un año que nos anima a todos a ser testigos de la Esperanza. A los muchos mártires que, desde sus inicios hasta épocas más recientes, han sido en esta Iglesia «semilla de cristianos» (Tertuliano, *Apologeticus*, 50: PL 1, 535), se suma ahora una nueva y larga lista. La historia, a la vez dolorosa y luminosa, de este acontecimiento, que también se inscribe en los acontecimientos de la guerra civil del siglo pasado, ha sido evocada y deseo subrayar lo que ha escrito el obispo: «No fueron héroes, humanamente hablando, ni luchadores ideológicos, ni caídos en una guerra por intereses terrenales... Su única arma fue el amor. Y murieron perdonando a sus verdugos... Este perdón martirial es el fruto más sublime de la esperanza que no se rinde ante el mal».

Queridos hermanos, deseo corroborar esta reflexión fundamental con lo que enseñó Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi* (cf. n. 39). Dentro de quince días recordaremos los tres años de su paso a la casa del Padre, por lo que recordar su magisterio puede ser un acto de gratitud por lo que ha dado a la Iglesia. En ese documento advierte que en nuestra vida hay muchas situaciones en las que nos pueden bastar incluso las esperanzas humanas, las pequeñas esperanzas. Hay otras, sin embargo, en las que necesitamos algo más sólido, más consistente, más válido. Se trata de circunstancias en las que se necesita una «gran esperanza»; son momentos en los que necesitamos amigos, hermanos y hermanas que con su testimonio nos ayuden a comprender que es posible seguir adelante, que podemos lograrlo. Son momentos en los que « necesitamos también testigos, mártires, que se han entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día. Los necesitamos en las pequeñas alternativas de la vida cotidiana, para preferir el bien a la comodidad, sabiendo que precisamente así vivimos realmente la vida».

¿De dónde nace esta fuerza interior? La respuesta del Papa es que su origen no es el esfuerzo voluntarista, sino la esperanza, y enuncia un principio sobre el que conviene reflexionar mucho: que «la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un *criterio de humanidad*». Con esta frase, Benedicto XVI no está en absoluto



exaltando el dolor en sí mismo; no está hablando en absoluto de un sufrimiento como fin en sí mismo, sino que se refiere a una fuerza que nace de la esperanza y del amor por todo lo que es verdadero, justo y santo. Se trata, en resumen, de la disposición a comprometerse por algo más grande, y no me parece inútil subrayarlo en un contexto cultural en el que –lo digo con las palabras de Romano Guardini, un gran teólogo cuya práctica de las virtudes está siendo examinada por la Iglesia con vistas a una posible beatificación– crece *la huida de uno mismo* y, con ella, se vuelven cada vez más sencillos los modos de quitarse la vida, y el suicidio mismo se hace cada vez más fácil y banal (cf. *Accettare se stessi*, Morcelliana, Brescia 1992, p. 15). Muchos años después (la obra apareció por primera vez en 1960), el papa León XIV repite: «en el mundo hay una enfermedad difundida: la falta de confianza en la vida» y vuelve a subrayar que vivir invoca un sentido, una dirección, una esperanza, porque «sin esperanza la vida corre peligro de aparecer como un paréntesis entre dos noches eternas, una breve pausa entre el antes y el después de nuestro paso por la tierra» (cf. *Audiencia general* del 26 de noviembre de 2025).

Reflexiones de este tipo nos plantean la pregunta: en definitiva, ¿dónde está el verdadero valor? Teniendo en cuenta el testimonio de los mártires beatificados hoy, creo que la respuesta correcta sigue siendo la que nos dejó Benedicto XVI: «Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo... En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad».

En este sentido, los mártires beatificados hoy son sin duda un modelo de cristianismo. El martirio es el testimonio más elevado de la fe cristiana, porque encarna el amor total a Cristo y a los hermanos, transformando el sufrimiento en redención y la sangre en semilla de evangelización. Sí, es posible narrarlo, pero ante la crueldad humana y ante la fuerza interior de un mártir, a veces las palabras ya no bastan. Así lo experimentó una vez san Ambrosio, quien, refiriéndose a santa Inés, exclamó: *Appellabo martyrem, predicavi satis*, ¡he dicho «mártir», lo he dicho todo!. Solo ahora, tal vez, estamos volviendo a percibir la enormidad de la palabra «mártir». Durante mucho tiempo se perdió su valor en la Iglesia, ya que la época de los mártires había quedado relegada y se consideraba concluida en sus primeros cuatro siglos. Luego se perdió incluso el sentido de la palabra y así fue como los «mártires» pasaron a ser los ascetas y los



monjes, aquellos que huían del mundo. Se decía que había terminado la época del «martirio rojo» y había llegado la del «martirio blanco», que se alcanza mediante la lucha continua contra el mal que nos acecha desde dentro con nuestras pasiones.

Hoy nos encontramos en una nueva etapa. «Os digo –dijo una vez el papa Francisco– que hoy hay más mártires que en los primeros tiempos de la Iglesia. Muchos de nuestros hermanos y hermanas que dan testimonio de Jesús y son perseguidos. Son condenados por poseer una Biblia. No pueden llevar la señal de la cruz. Y este es el camino de Jesús [...] La vida cristiana no es una ventaja comercial, no es hacer carrera: es simplemente seguir a Jesús» (*Homilía* en Santa Marta, 4 de marzo de 2014). Es historia vivida en esta Iglesia diocesana, en la Iglesia de España y en muchas otras Iglesias. Hoy mismo, en París, se celebra un rito como el nuestro en el que se beatifican a cincuenta mártires, entre los que hay muchos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en asociaciones católicas.

Al concluir su homilía, el papa Francisco añadió: «Pensemos si tenemos dentro de nosotros el deseo de ser valientes en el testimonio de Jesús...». Al venerar a estos nuevos Beatos y también a todos los demás que los acompañan, pedimos al Señor que nos ayude a sentir y conservar ese *deseo*, que está unido a la virtud cristiana de la fortaleza: una virtud que, entre otras cosas, nos hace capaces de vencer el miedo, incluso al de la muerte, y de afrontar las pruebas y las persecuciones conscientes de la palabra de Jesús: «Tened confianza; yo he vencido al mundo (Jn 16,33)» (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1808). Oremos, pues: Oh Señor, por intercesión de los nuevos Beatos y de todos sus compañeros, sostennos siempre en la esperanza y en el valor de Tu amor. Amén.

Catedral de Jaén, 13 diciembre 2025

Marcelo Card. SEMERARO